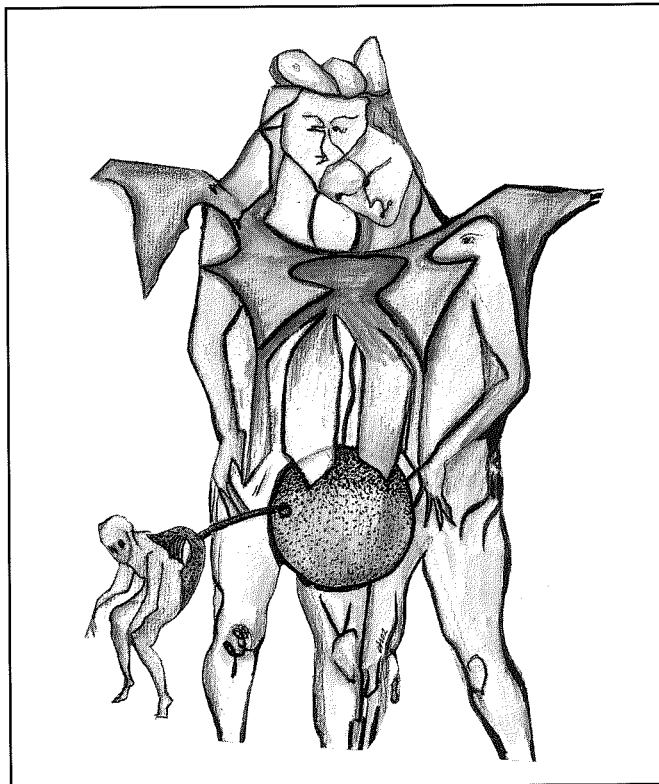


La virgen de los sicarios de Fernando Vallejo

EL CARÁCTER GROTESCO DEL CUERPO SOCIAL

Oscar A. Díaz Ortiz



PALABRAS CLAVE:

Carnavalización, Carácter grotesco , Género sexual, Homoerotismo, Cuerpo social, Violencia, Narcotráfico

RESUMEN

El escritor colombiano Fernando Vallejo (1942) busca con su polémica novela *La Virgen de los Sicarios* (1994) hacer un análisis de la sociedad colombiana como una sociedad enferma que exterioriza un me-

nosprecio por la vida y en donde el derecho a ésta y el respeto por ella se convirtieron en temas para archivar en los recuerdos de lo que pudo ser pero nunca fue. Esta novela es narrada desde la óptica con-

servadora de su protagonista, Fernando quien abiertamente se declara homosexual, criticando y caricaturizando fuertemente las estructuras hegemónicas patriarcales de la sociedad colombiana que condenan y juzgan su preferencia sexual pero paradójicamente aceptan con indiferencia la violencia y la muerte generalizada como norma social.

Asimismo, pretendemos con este análisis exponer como funciona el discurso de lo grotesco en *La Virgen de los Sicarios* presentando un texto apocalíptico en el que se representa el desmembramiento, la descomposición y el colapso de un cuerpo social en un juego de violencia, homoerotismo y muerte que socava y desmorona los valores tradicionales de la cultura colombiana, consiguiendo con ello la deconstrucción y desmitificación de la norma religiosa, lingüística y patriarcal en dicha sociedad como bases fundamentales en el que éste cuerpo se sustenta para su cuestionamiento y ridiculización.

Finalmente, podemos concluir que con el ejercicio deconstructivo que proyecta el género grotesco y sus subgéneros la parodia, la ironía y la sátira de toda la jerarquía de valores establecidos para un cuerpo social, a través de las normas compulsivas de control y represión del Estado, tienen el objetivo de dismantlar la vieja visión de un mundo conservador y cerrado formado en un pasado que ha sido sublimado por el culto religioso, la historia oficial y las categorías tradicionales de género de la literatura y otras formas de representaciones ideológicas. Por esta razón, Fernando Vallejo recurre a la carnavalización del cuerpo social colombiano como una estrategia discursiva posmoderna finisecular que le permite segmentar la sociedad nacional para hacer un crudo análisis de la realidad del país, mostrándola tal cual la percibe el narrador y con ello plantear una renovación cultural necesaria pero difícil de lograr, después de la hecatombe nacional dejada por la cultura del narcotráfico.

Key Words:

Carnavalization, Grotesque Character, Gender, Homoeroticism, Social Body, Violence Drug Trafficking

Colombian writer Fernando Vallejo (1942) in his novel *La Virgen de los Sicarios* (1994) seeks an ample

analysis of Colombian social order much like a sick society that makes light of life, and in which right and respect for it were converted into something that could be but was not. This novel is narrated from the conservative narrator's viewpoint of Fernando, who declares himself openly gay. He criticizes and caricatures strongly the Colombian hegemonic patriarchal structures, which condemn and judge his sexual preference, but paradoxically accept with indifference violence and death that is generalized as a social norm.

Thus, the objective of this analysis is to demonstrate the grotesque discourse function in *La Virgen de los Sicarios*, presenting an apocalyptic text which represents dismembering, decomposition, and collapse of a social body in a game of violence, homoerotism and death. This undermines traditional values of Colombian society, and is followed by the deconstruction and demystification of religious, linguistic and patriarchal norms in this society as foundational bases in which the society supports itself for its questioning and mockery.

Finally, it can be concluded that with the deconstructive exercise that projects the grotesque genre and its subgenres, such as parody, irony, and satire of the hierarchy of established values for a social body through compulsive norms of control and repression of the State, he has the objective of unveiling the old vision of a conservative and close world formed in a sublimated past by the religious cult, official history, and the traditional genre categories of literature and other forms of ideological representation. For this reason, Fernando Vallejo appeals to carnivalization of the Colombian social body as a finite postmodern discursive strategy, which permits him to segment national society in order to make a crude analysis of the reality of the country, depicting it as the narrator perceives it. This projects a cultural renovation that is necessary but difficult attain after national destruction left by a drug trafficking culture

TODO ABORDAJE A LA REALIDAD SOCIOPOLÍTICA Y ECONÓMICA DE COLOMBIA NO DEJA DE SER UNA AVENTURA FASCINANTE DE LA CUAL NO podríamos desprender ciertos fenómenos desestabilizadores que han cambiado, sacudido y puesto en desequilibrio esta sociedad. Lógicamente nos referimos al narcotráfico, a la violencia y al terrorismo que estos han suscitado, así como a las guerras generalizadas de grupos izquierdistas que buscan afanosamente tomarse el control del país y que han mantenido a la nación en un conflicto interno por más de cinco décadas. El fenómeno del narcotráfico si bien en su época de bonanza trajo al país millones de dólares en divisas que vinieron a enriquecer a unos cuantos y a mitigar la miseria de miles de colombianos también fue un fenómeno que vino a agravar aún más el panorama de la sociedad colombiana, haciendo que ésta transformara todo su sistema de valores morales y sociales, que aunque ya venían resquebrajándose desde mucho tiempo atrás por la guerra interna partidista en la que siempre se ha mantenido a la nación, convirtieron al país en un lugar donde la impunidad y la indiferencia están en primer orden del día dentro de la cotidianidad nacional. Este fenómeno vino a mostrar una vez más que la sociedad colombiana es una sociedad enferma que exterioriza un

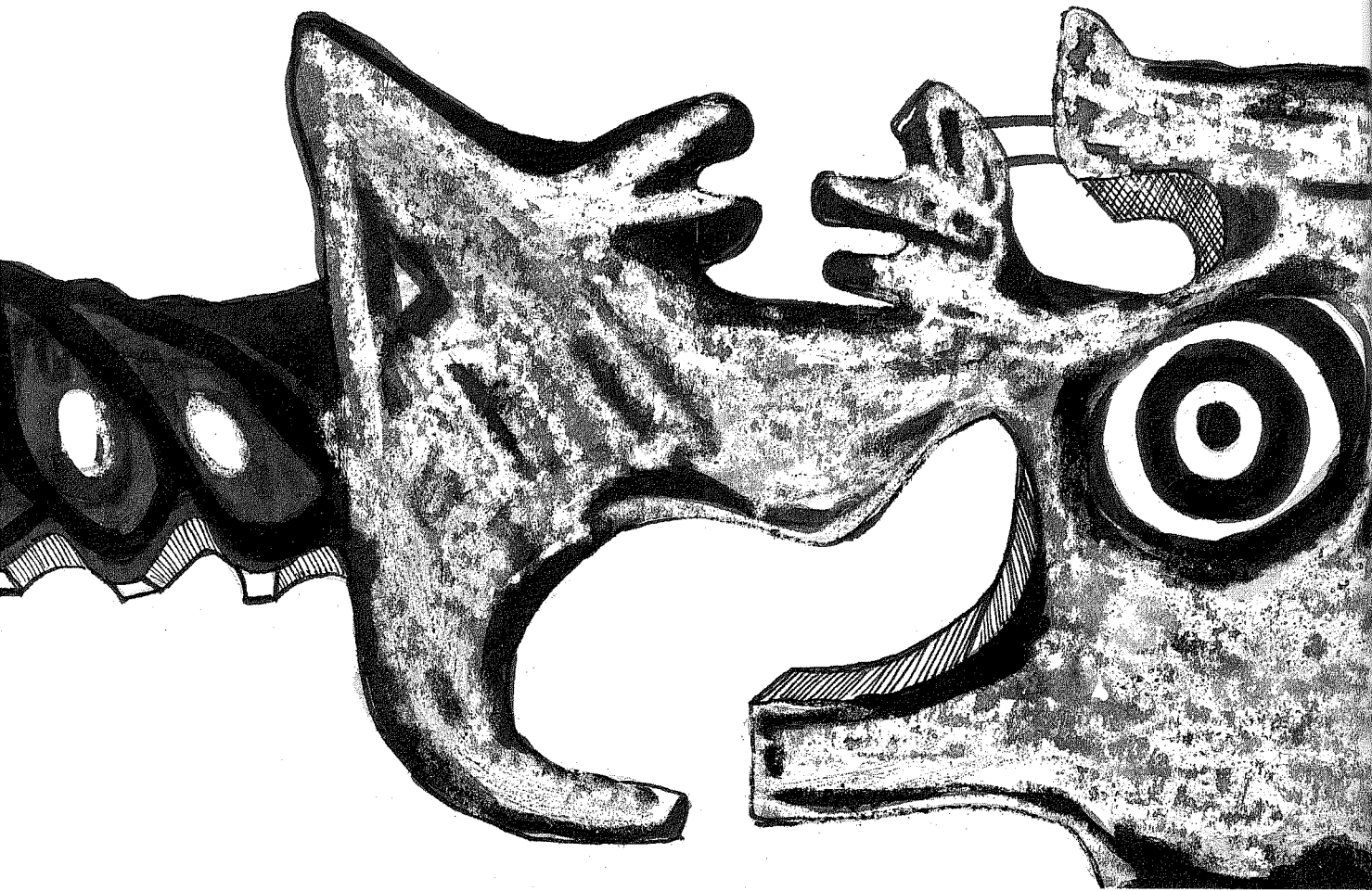
menosprecio por la vida y en donde el derecho a ésta y el respeto por ella se convirtieron en temas para archivar en los recuerdos de lo que pudo ser pero nunca fue.

La sociedad colombiana es una sociedad enferma que exterioriza un menosprecio por la vida y en donde el derecho a ésta y el respeto por ella se convirtieron en temas para archivar en los recuerdos de lo que pudo ser pero nunca fue.

Lo anterior parece ser el objetivo que el escritor colombiano Fernando Vallejo (1942) busca con su polémica novela-prontuario si bien pudiera llamársele de este modo *La Virgen de los Sicarios* (1994) una novela narrada desde la óptica conservadora de su protagonista, Fernando. Esta novela no es muy distante de la temática de las cuatro novelas anteriores del autor *Los días azules* (1987), *El fuego secreto* (1987), *Los caminos a Roma* (1988), *Años de indulgencia* (1989) en donde Vallejo a través del mismo narrador, Fernando, desarrolla una unidad temática en una lucha por establecer una identidad gay, criticando y caricaturizando fuertemente las estructuras hegemónicas patriarcales de la sociedad colombiana que condenan y juzgan su preferencia sexual pero

paradójicamente aceptan con indiferencia la violencia y la muerte generalizada como norma social. Asimismo, pretendemos con este análisis exponer como funciona el discurso de lo grotesco en *La Virgen de los Sicarios* presentando un texto apocalíptico en el que se representa el desmembramiento, la descomposición y el colapso de un cuerpo social en un juego de violencia, homoerotismo y muerte que socava y desmorona los valores tradicionales de la cultura colombiana, consiguiendo con ello la deconstrucción y desmitificación de la norma religiosa, lingüística y patriarcal en dicha sociedad como bases fundamentales en el que este cuerpo se sustenta para su cuestionamiento y ridiculización. La realidad colombiana que aquí se deconstruye se presenta así:

Esto que véis aquí marcianos es el presente de Colombia y lo que les espera a todos si no paran la avalancha. Jirones de frases hablando de robos, atracos, de muertos, de asaltos (aquí a todo el mundo lo han atracado o matado alguna vez por lo menos) me llegan a los oídos pautadas por las infaltables delicadezas de “malparido”e “hiejueputa” sin los cuales esta raza fina y sutil no puede abrir la boca. Y ese olor a manteca rancia y a fritangas y a gases de cloaca...¡Qué es!



¡Qué es! ¡Qué es! Se ve. Se siente. El pueblo está presente. (76)

Esta imagen de la realidad busca una renovación social y cultural que muy lejos de visualizarse por el contrario se mira con incertidumbre y desesperanza en el futuro del microcosmos del cuerpo social medellinense, extensible al macrocosmos nacional tal cual es la visión del narrador en la novela.

Lo grotesco en la literatura lo podemos definir a partir de la reacción de rechazo, enfado y risa que una obra literaria pueda producir al mismo tiempo en el lector, el cual se identifica de alguna manera con la realidad ficcional allí plasmada. Sin embargo, esta realidad muchas veces supera de una manera violenta al mundo real, exagerando al

máximo los factores negativos de un cuerpo social para buscar el rechazo, la condena y el auto examen para que originen un cambio en dicho cuerpo. Esta ambivalencia perceptiva es lo que caracteriza a lo grotesco ya que representa un fenómeno de transformación y metamorfosis inconclusa (Bakhtin 304). Lógicamente nos encontramos frente a la función de lo grotesco como rechazo a lo estático según señalaba Kayser (21). En otras palabras, lo grotesco en *La Virgen de los Sicarios* tiene que ver directamente con los propósitos y la reacción entre el emisor-narrador y el receptor-lector. Indiscutiblemente, el emisor ataca de una manera despiadada ese mundo real y conocido por el receptor como normal con su realidad ficcional para que éste

reaccione frente a su realidad social. Sin embargo, el emisor consciente del caos que produce recurre a elementos humorísticos que permitan distensionar el caos creado en una situación en la que la muerte se aplica al primer transeúnte desprevenido y que el narrador evoca así: “llegando al parque, viendo sin querer, entre la multitud ofuscada una señora de culo plano que iba adelante, cuando ¡pum!, que se enciende la balacera: dos bandas se agarraron a bala. Balas iban y venían, parabrisas explotaban y caían transeúntes cómo bolos en la barahunda endemoniada” (34). El receptor a pesar de la escueta narración en que una vida humana se puede perder reacciona con risa distensionante frente a la focalización en el trasero de la señora, la connotación es obvia, ya que

aparentemente al narrador le importa lo mismo. De ahí la mezcla entre rechazo, risa, enfado y diversión que el género grotesco posee y que hace tan difícil su definición y se deja a menudo como "the unresolved clash of incompatibles in work and response" como ha señalado, Philip Thompson (27). Por cuanto, basado en las apreciaciones de Kayser, éste ha señalado que lo grotesco es la expresión de un mundo enemistado o alienado, visto desde una perspectiva que lo presenta extraño y cuya extrañeza puede ser cómica o aterradora o ambas al mismo tiempo. De esta manera, lo grotesco es un juego con lo absurdo en el que el artista juega medio risible, medio horriblo con los profundos absurdos de la existencia. (18)

La Virgen de los Sicarios ubica su trama específicamente en la ciudad de Medellín a principios de la década de los noventa una vez ultimado el gran capo de los narcóticos en Colombia, Pablo Escobar Gaviria. El corpus narrativo de la novela toma forma a través de los ojos de su narrador, Fernando, el cual va describiendo sus vivencias a lo largo del mundo grotesco que representa la ciudad/la región/el país y las comunas o barrios marginales. El texto presenta una realidad ficcional que en muchas ocasiones a pesar de lo grotesco que se presenta se funde con el mundo real borrando la línea divisoria entre los dos. Fernando es un homosexual aristócrata e irónicamente muy conservador dedicado a su profesión de gramático que retorna a su ciudad, después de una larga

ausencia en el extranjero, en busca de amores adolescentes que le permitan vivir su homoerotismo, disfrutando así de una manera agradable sus últimos años mientras espera la muerte.. El Fernando en su papel de narrador se presenta a sí mismo como "la conciencia y la memoria del país" (24).

El primer choque del anciano es con una Medellín en crisis que está totalmente cambiada por la cultura del narcotráfico, en donde el caos y la anarquía reinan impunemente. Uno de los problemas más graves que plantea Fernando, es el desempleo que dejó la muerte de Escobar entre sus antiguos secuaces sicarios o adolescentes asesinos a sueldo que éste y algunos de los otros "nuevos ricos" contrataban para "eliminar" a todos sus



enemigos. Está situación especial de desempleo entre los sicarios y la posición económica solvente de Fernando hacen que el viejo termine enredándose sentimentalmente con dos de ellos.

Primero con Alexis—El Angel Exterminador—y después de la muerte de éste con Wilmar—el asesino de Alexis—con el que se repite la misma historia de placer homoerótico, muerte y constantes peligros por la ciudad y sus comunas. Fernando vivirá en el transcurso de la corta trama narrativa mucho más de lo que había vivido en toda su existencia.

Lo grotesco en *La Virgen de los Sicarios* tiene que ver directamente con los propósitos y la reacción entre el emisor-narrador y el receptor-lector.

Mikhail Bakhtin en *The Grotesque Image of the Body* ha señalado que en la base de la imaginación grotesca está el cuerpo humano como una totalidad y también sus límites (313). Es decir que la imaginación grotesca cuenta con el cuerpo humano como un elemento recurrente material al cual deconstruye para buscar un objetivo crítico en miras a una renovación. Si analizamos esta referencia teórica y su aplicación en cuanto a la realidad que patentiza Vallejo en la novela, podríamos darnos cuenta que el universo allí narrado tiene un objetivo claro y es el de dar a conocer un cuerpo humano—cuerpo social—narrativamente enmarcado por el

panorama de sangre, muerte y violencia que ha provocado el narcotráfico para el país. Por consiguiente, el cuerpo humano que se disecciona en *La Virgen de los Sicarios* debe tomarse como una metáfora extensible que representa la unión de muchos cuerpos más, formando un mundo o conglomerado social. Esta es precisamente la interpretación dada aquí al cuerpo en la representación artística vallejana de la realidad nacional.

El cuerpo como señala Bakhtin es un cuerpo en vías de ser y que nunca se termina, es infinito y crea así a otros cuerpos (317). Partiendo de ese principio básico en donde el cuerpo representa un mundo y viceversa, podemos señalar que Fernando Vallejo desea mostrar el cuerpo social de su comunidad, de su ciudad, de su país como un cuerpo social viejo que se extinguió—la antigua sociedad antioqueña conservadora—que fue devorado por otro nuevo cuerpo grotesco o monstruoso que nace del narcotráfico y que a su vez deberá también ser devorado por el siguiente que nace de la violencia y así sucesivamente irá generando nuevos cuerpos sociales que van mostrando cada vez más con cinismo la cruda realidad caótica del país y su estado de descomposición social dentro de un panorama de desesperanza.

Vallejo toma a la sociedad medellinense y la descompone en partes presentando un mundo grotesco en el cual lo inapropiado y negativo como la muerte, la violencia, la desacralización y la

anarquía son enriquecidas y exageradas al máximo y contrastan con la pobreza humana y espiritual que representan. Por esta razón, el autor, siguiendo el modelo bakhtiniano presenta al narcotráfico como un fenómeno monstruoso o un gran monstruo pantagruélico que viene a enriquecer y dar subsistencia al cuerpo social en esta tierra. Sin embargo, en su representación alegórica se puede apreciar que todo aquel que come de él crecerá de una manera monstruosa y terminará devorándose no sólo a la tierra sino también al cuerpo social. Es decir, el narcotráfico y la violencia son los grandes monstruos que han devorado el cuerpo social y éste terminó devorándolos también al narcotráfico y a la violencia como su gran alimento.

El acercamiento al análisis del texto como un discurso grotesco va encaminado a invertir la seriedad y el respeto a lo canónico, desmontando la ideología y el orden como normas compulsivas y ridiculizando al cuerpo social. Esto se convierte en un discurso semiótico que permite deconstruir, rebajar y desmitificar los ejercicios del poder no sólo con lo grotesco sino también con sus subgéneros o intergéneros como lo son la parodia, la sátira y la ironía que sirven como estrategias que permiten deconstruir los ejercicios del poder. Por esta razón, Fernando Vallejo convierte *La Virgen de los Sicarios* en un carnaval literario o cronotopo—género—rabelesiano como ha señalado Bakhtin que muestra las siete series del cuerpo humano/social, la

comida, la bebida, el sexo (copulación hetero y homosexual), la muerte, la vestimenta, lo escatológico, en donde en un marco de violencia, se lleva a cabo la representación de la situación nacional. Esta representación subvierte todo lo convencional para burlarse de lo institucional y así crear un discurso contestatario frente a la realidad que se visualiza. Por consiguiente, en el texto las cronotopías rabelesianas tienen un objetivo específico y es el de mostrar las relaciones del cuerpo social con su mundo sino el de o series del cuerpo humano y sus aspectos anatómicos en el cuerpo de la sociedad colombiana tradicional, por cuanto,

Eating, drinking, defecation and other elimination (sweating, blowing of the nose, sneezing), as well as copulation, pregnancy, dismemberment, swallowing up by another body—all of these acts are performed on the confines of the body and the outer world, or on the confines of the old and new body. In all these events the beginning and end of life are closely linked and interwoven. (317)

Todos estos eventos como bien señala el crítico, en nuestro caso, ejemplifican el deterioro del cuerpo social tradicional que tanto añora Fernando, ya que constantemente evoca el pasado en la memoria colectiva como un estado mejor, estableciendo esa interconexión tripartita entre el cuerpo social extinto, los cuerpos sociales nuevos—la violencia y el narcotráfico—y el cuerpo futuro que

propone con el mundo exterior real que vienen a mostrar el fin y el comienzo de la vida en un mundo de muerte como el narrador señala “Eramos, y de lejos, el país más criminal de la tierra, y Medellín la capital del odio. Pero estas cosas no se dicen, se saben. Con perdón” (10-11).

Lo grotesco es la expresión de un mundo enemistado o alienado, visto desde una perspectiva que lo presenta extraño y cuya extrañeza puede ser cómica o aterradora o ambas al mismo tiempo.

El desmonte o deconstrucción del aparato ideológico de Estado, las relaciones de poder y sus instituciones de control social como la religión, el lenguaje y el patriarcado en *La Virgen de los Sicarios* lleva no sólo a un análisis de los mitos creados en torno a ellos sino también a una catarsis colectiva que busca mostrar un mundo despojado de toda idealización, creencias e ilusiones falsas que produce en el lector terror y repugnancia pero también dejan un vacío existencial al darse cuenta que su esencia pende de mitos efímeros. Para elaborar la purga de conciencia, el narrador se vale de las comparaciones de las figuras religiosas con lo escatológico para lograr un mayor efecto en el lector como cuando habla de la extraterritorialidad de Sabaneta para las bandas de delincuentes de las comunas: “O que! ¿Green que María Auxiliadora es propiedad privada? María Auxiliadora es de todos y el parque de nadie: que

ninguno suene con que es propio porque orinó primero, porque en este parque nadie orina? (59). Por consiguiente, la mezcla de las escenas grotescas, el humor negro, la violencia y la facilidad con que se cometen los crímenes, la impunidad, la crueldad y la indiferencia de la colectividad, llevan al lector a escandalizarse y a sentir un fuerte rechazo por el cuerpo social que allí se ejemplifica viendo con horror la realidad ficcional como un castigo merecido por la subversión de la norma pero a la vez ve al narrador también indefenso ante la impotencia de no poder actuar frente a esa sociedad monstruosa que devora todo a su paso y que deja en el lector un vacío espiritual.

La religión es uno de esos mitos de los que se vale el Estado para perpetuar su dominio, manipulación y control sobre los seres humanos creando una falsa conciencia de la realidad, constituyendo así los principios de organización de las relaciones sociopolíticas y económicas de una sociedad que valida al Estado como un agente normalizador coercitivo (Torres 5). Es aquí, que la blasfemia, los insultos, la ironía cobran fuerza y se convierten en una poderosa arma que se esgrime contra la falsa conciencia. Fernando se debate entre su razonamiento científico de la realidad, “[q]uientos años me tardado en entender a Lutero, y no hay roña más grande sobre la tierra que la religión católica [...] El Diablo es el gran zángano de Roma y ustedes [los curas] lambeculos, sus secuaces, [...] por eso

he vuelto a esta Iglesia del Sufragio [...] a renegar" (78), y su conciencia religiosa formativa. Por esta razón, para el lector, el personaje se presenta de una manera confusa y dual porque constantemente ataca a la religión, pero también busca en esa falsa ilusión una esperanza que le permita vivir su desespero existencial "Y yo pensando que la Iglesia andaba más en bancarrota que el comunismo... Qué va, está viva respira. La humanidad necesita para vivir mitos y mentiras. Si uno ve la verdad escueta se pega un tiro" (17).

La Virgen de los Sicarios parodia la veneración a los íconos religiosos en los que se materializa la fe del pueblo colombiano. Por eso en un principio el narrador no concibe la idea de que sus santos, los de la "gente decente", sean aquellos mismos a los que acuden las chusmas y delincuentes para pedir también. Fernando terminará pidiéndole a la "[v]irgencita niña, María Auxiliadora que te conozco [...] desde el colegio de los salesianos [...] eres más mía que esta multitud novelera, hazme un favor: Que este niño que ves rezándote, ante ti, a mi lado, que sea mi último y definitivo amor que no lo traicione, que me traicione. Amén" (17). El lector mira con espanto la devoción de los sicarios y sus costumbres de rezar las balas con la fe del carbonero, cocinándolas en agua bendita mientras se le pide fervientemente a San Judas Tadeo para que no fallen y el difunto no sufra (74), las prácticas religiosas que usan los delincuentes para pedir que les

vaya bien en sus fechorías. Así como también las romerías que hacen los sicarios los días martes a la iglesia de Sabaneta y las visitas a las 150 iglesias de la ciudad que realiza Fernando con su Angel exterminador.

El ataque del narrador es rotundo por eso la religión, la Iglesia, la iconografía religiosa, la figura del Papa, Monseñor López Trujillo y los sacerdotes no dejan de ser para Fernando títeres de los cuales se burla y pone en duda su autoridad, recalcando en el grado de descomposición religiosa y que hoy día en Colombia no se tenga una verdadera fe religiosa como lo fue en antaño,

Ha de saber Dios que todo lo ve, lo oye y lo entiende, que en su Basílica mayor, nuestra catedral metropolitana, en la banca de atrás se venden los muchachos y los travestis se comercia en armas y drogas y se fuma marihuana. Por eso, cuando esta abierta, suele haber vigilando un policía. Pregúntele a ver si invento? ¿Y Cristo donde está? ¿El puritano rabioso que sacó a fuate a los mercaderes del templo? ¿Es que la cruz lo curó de rabetas, y ya no ve ni oye ni huele? Al olor sacrosanto del incienso se mezcla el de la marihuana, la que sopla desde afuera, desde el atrio, o la que se fuma adentro. La mezcla te produce cierta religiosa alucinación y ves o no ves a Dios, dependiendo de quien seas. (62)

Fernando clama por una respuesta del Ser Superior y actúa como un testigo

ocular ante tanta aberración. Por eso exige a Dios que se manifieste ante tanta blasfemia y aprovecha para parodiar la irreverencia de la juventud por el templo con la de los mercaderes que no respetaron este lugar como un sitio sagrado y que ahora se está profanando y merece un castigo igual o peor al que llevó a la expulsión de los mercaderes de allí. Sin embargo, ante la indiferencia de Dios a los ojos del narrador irónicamente concluye que “Dios no existe y el que no existe no tiene bienes” (71). La anarquía religiosa, Fernando, la presenta con una desesperanza total. “Nada funciona aquí. Ni la ley del talión ni la ley de Cristo. la primera, el Estado ni la aplica ni la deja aplicar [...] la segunda, porque es intrínsecamente perversa Cristo es el gran introductor de la impunidad y el desorden de este mundo. (85). El narrador transmite esta desesperanza al lector que siente que este cuerpo social descrito necesita una renovación.

Asimismo, el lenguaje como sistema de comunicación que crea sujetos subordinados al orden general es otro de los sistemas reguladores de control social, el cual establece, internamente, diferencias de clase en el cuerpo social que lo utiliza y, externamente, diferencias con otros grupos. Por consiguiente, el lenguaje sirve para identificarse. Bakhtin en *The Dialogic Imagination* lo clasifica como un sistema de formas gramaticales normativas que se usa actualmente para representar el sistema ideológico y de creencias destinado a producir una unidad nacional (288). Con base en lo

anterior, Fernando Vallejo en su proceso narrador creativo va mostrando como el lenguaje da identidad y establece esas diferencias que mencionamos antes. Por esta razón, Fernando predica un fuerte rechazo el idiolecto de las comunas y sus habitantes para mostrar no sólo la diferencia social, sino también la diferencia ideológica y su visión de la realidad. El narrador, desde el principio, se muestra bastante conservador en asuntos relacionados con la lengua y constantemente se jacta de que su país fue un país de gramáticos que sentaron leyes para el buen uso del idioma castellano.

Sin embargo, Fernando con su contacto con el bajo mundo y sus amantes de la comuna, va alterando el uso de su lenguaje como también altera el orden narrativo de su novela. El narrador es consciente de la metamorfosis que va experimentando a lo largo de la narrativa y por eso afirma “Pero estoy anticipando, rompiendo el orden cronológico e introduciendo el desorden” (35). Esta transformación lo llevará al final a reconocer que él terminará siendo uno más de ellos. Así pues, el lenguaje de la barriada para Fernando si en un comienzo le fastidiaba pronto resultará fascinándole y se apropiará de él como de sus amantes. El antiguo hideputa cervantino cambiará al pleno “hijueputa” de las barridas. El narrador percibe que el lenguaje ha cambiado, así como ha cambiado también la sociedad. El significado de las palabras ya no es el mismo, ahora tienen otro significante.



“Ese toambo `está enamorado de mí’. Un `toambo’ es un policía, ¿pero enamorado? Es que es marica? No, es que lo quiere matar. En eso consiste su enamoramiento: en lo contrario” (65).

Ahora bien, el narrador reconoce que el sociolecto nacional ha sido modificado y que ahora predomina el ideolecto de las comunas para representar el apoderamiento no sólo del ideolecto, sino también de todo el cuerpo social por el bajo mundo. Por ende, Fernando se mofa del racionamiento científico y del desconocimiento de la realidad por parte de los sociólogos que afirman que “al desquiciamiento de una sociedad se sigue el del idioma”. Afirmando que “¿Qué va! Es que el idioma es así, de por sí ya es loco (65). Por esta razón, el uso del lenguaje callejero, las vulgaridades y la chabacanería, al igual que el irrespeto y la no tolerancia se establecen como norma como se puede apreciar ante el insulto de un transeúnte quien les dijo “aprendan a caminar maricas [...] ¿O es que no ven?” (47), esto por tropezarse con él. Alexis, ante el insulto desenfundó su revolver y “le chanto un pepazo en la frente” (47) dándole muerte. Aquí el lector se pregunta, si un simple tropezón justificaba el insulto y un asesinato la respuesta a éste. Sin embargo, el narrador justifica esta acción,

Estuvo bien este último “cascado” de Alexis, el transeúnte boquisucio? ¡Claro que sí, yo lo apruebo! Hay que enseñarle a esta gutuza alzada la

tolerancia, hay que erradicar el odio. ¿Cómo es eso de que porque uno tropieza con otro en una calle atestada le van soltando semejantes vulgaridades? No es la palabra en sí (porque los maricas son buenos en esta explosión demográfica): es su carga de odio. Cuestión pues de semántica como diría nuestro presidente Barco, el inteligente, que nos gobernó cuatro años con el mal de Alzheimer y le declaró la guerra al narcotráfico y en plena guerra se le olvidó. “Contra quién es que estamos peliando preguntó y se acomodo la caja de dientes (dentadura postiza) (48).

La afirmación connota irónicamente que se mató a un ser humano por lo mismo que se está condenando—la intolerancia. Ante la gravedad del hecho el narrador recurre al elemento cómico para aliviar la tensión creada por el asesinato.

No lejos de la norma religiosa y la lingüística está otra norma de control social—el patriarcado. Vallejo en *La Virgen de los Sicarios* subvierte los valores sociales y de las instituciones. Es decir, el canon hegemónico. Por consiguiente, el valor moral de la sociedad representado por el valor de la moral sexual que encarna ésta como institución patriarcal heterosexual de primer orden que debe ser formada como parte fundacional del establecimiento del cuerpo social, pierde poder ante la realidad homoerótica de la novela en

respuesta al heterosexualismo compulsivo en que la sociedad colombiana funciona. Fernando es un protagonista (homo)sexual que vive plenamente su preferencia sexual libremente con sus amantes (homo)sexuales en un mundo que se jacta de su machismo—el narcotráfico.

El universo narrado tiene un objetivo claro y es el de dar a conocer un cuerpo humano—cuerpo social—narrativamente enmarcado por el panorama de sangre, muerte y violencia que ha provocado el narcotráfico para el país.

Fernando no es el (homo)sexual reprimido en el ropero, por el contrario, es un individuo que libremente se auto denomina “marica” y reconoce abiertamente su preferencia sexual por personas de su mismo sexo. Sin embargo, a lo largo de la trama narrativa, curiosamente, es llamado de esta manera una sola vez como un insulto común por un transeúnte con quien tropezó. (afrenta que le costó la vida a esta persona), planteando con ironía que por ser viejo nadie sospechaba de su (homo)sexualidad, ya que social y culturalmente éstos son inutilizados en nuestra sociedad “[t]odo en la vejez es impropio: matar, reírse, el sexo y sobre todo seguir viviendo” (103). La producción cultural vallejana se ha caracterizado por personificar al disidente sexual como protagonista en

sus obras, construyéndole una identidad libre y quizás utópica. Por esta razón, esta temática no es nueva para el escritor es más bien una secuencia en su ya establecida y reconocida literatura de disidencia sexual.

La Virgen de los Sicarios parodia la veneración a los íconos religiosos en los que se materializa la fe del pueblo colombiano.

La Virgen de los Sicarios plantea, por un lado, el homoerotismo como una respuesta positiva ante la heterosexualidad tradicional compulsiva que se presenta como negativa, ya que esta lleva a la procreación del cuerpo social que se desea exterminar. Sin embargo, las relaciones homoeróticas contrastan con lo grotesco de la violencia al ser presentadas como algo tan grande que no se puede explicar con palabras. Por esto, estas relaciones o encuentros se mencionan muy sutilmente. Por el otro, la heterosexualidad se pinta de una manera grotesca recordando al receptor que es “de poca caridad [...] exhibir la dicha propia ante la desgracia ajena [...] a quién vive prisionero, encerrado, casado, con mujer gorda y propia y cinco hijos, comiendo, jodiendo y viendo televisión” (28). Todo lo heterosexual se presentan de una manera irrespetuosa dando origen a lo grotesco, ya que lo grotesco surge de la destrucción y subversión de los valores morales establecidos. Su percepción hacia la

heterosexualidad hace entrever que es un narrador abiertamente misógino por considerar a la mujer en su papel de procreadora la culpable de las desgracias del cuerpo social y agrega que “la relación carnal con las mujeres es el pecado de la bestialidad, que es cuando se cruza un miembro de una especie con otro de otra, como un burro y una vaca (21). Es decir, para Fernando, las relaciones eróticas con la misma especie son las únicas permisibles si se desea eliminar el cuerpo social que se ha degenerado en la violencia por que hay “que desocupar a Antioquia de antioqueños malos y repoblarla de antioqueños buenos, así sea este un contrasentido ontológico” (49).

Finalmente, podemos concluir que con el ejercicio deconstructivo que proyecta el género grotesco y sus subgéneros la parodia, la ironía y la sátira de toda la jerarquía de valores establecidos para un cuerpo social, a través de las normas compulsivas de control y represión del Estado, tienen el objetivo de dismantelar la vieja visión de un mundo conservador y cerrado formado en un pasado que ha sido sublimado por el culto religioso, la historia oficial y las categorías tradicionales de género de la literatura y otras formas de representaciones ideológicas. Por esta razón, Fernando Vallejo recurre a la carnavalización del cuerpo social colombiano como una estrategia discursiva posmoderna finisecular que le permite segmentar la sociedad nacional para hacer un crudo análisis de la realidad del país,

mostrándola tal cual la percibe el narrador y con ello plantear una renovación cultural necesaria pero difícil de lograr, después de la hecatombe nacional dejada por la cultura del narcotráfico. Este problema se muestra como un conflicto que parece no tener solución en un futuro cercano por cuanto los grupos guerrilleros se han apoderado del control y distribución de la droga internamente, mostrando que lejos de solucionarse este conflicto en el país y que a nivel mundial parece haber sido desplazado por el terrorismo a un segundo orden de prioridades en la agenda política de las naciones industrializadas. Sin embargo, el narcotráfico y el terrorismo son dos problemas que se toman en Colombia como uno sólo, apoyando las exigencias del gobierno norteamericano, se han convertido en el problema número para el país en el nuevo siglo.

